

EL SECADERO DE IGUANAS

13.

El día en que Alberto iba a matar a su padre, el cielo amaneció cubierto por gruesas nubes del color del estiércol. Era la primera vez en siete años que una tormenta sobrevolaba el Motel del Secadero. El aire era frío y húmedo, y el sol apenas enrojecía a través de aquel manto de nubes esponjosas. Más atrás del cañón del río Iguana relámpagos amarillos y naranjas unían la capa nubosa con el suelo sediento, pero los truenos tardaban en llegar a los oídos de Alberto. La tormenta estaba todavía alejada cuando besó la espalda de Martina, se levantó con cuidado de no despertarla y se fue vistiendo.

Apenas eran las cinco de la mañana cuando salió al patio y caminó despacio por el sendero hasta la carretera. Ningún vehículo estaba aparcado ante la cafetería y nadie se hospedaba aquellos días en el motel. Edgardo debía de estar adentro barriendo o durmiendo todavía la mona, como sucedía últimamente. Daba igual, pensó Alberto, estaba todo decidido y aquél sería el último día en la vida de su padre. Iba a apagar el letrero luminoso de la carretera y a colgar en la verja un cartel blanco con grandes letras negras: “No quedan habitaciones. Cafetería en reformas”. Luego atrancaría la entrada con cadenas y ataría junto a ellas a los perros más fieros. Tras ello regresaría a la cafetería, aserraría uno de los primeros peldaños de madera de la escalera del sótano y se sentaría en una mesa cualquiera a vigilar a su padre. La noche anterior habían vaciado las botellas de aguardiente de lagartija que guardaba Edgardo en la barra y sólo habría que esperar a que éste se decidiera a bajar a la bodega a por más, que se quebrara el peldaño serrado y que cayera por las empinadas escaleras, desnucándose. Iba a parecer un accidente. Si antes del mediodía Edgardo no bajaba, Martina tenía que

EL SECADERO DE IGUANAS

encargarse de romper a palazos las botellas del sótano, atrayendo la atención del viejo. Dejarían pasar unas horas y después llamarían a los guardias del cuartel de Jabalí Nuevo.

Alberto llevaba casi media hora sentado en aquella silla y repasaba mentalmente cada detalle mientras observaba a su padre, su respiración pesada, sus ojos desvaídos, el andar melancólico mientras terminaba de barrer. Entonces sonó una bocina de camión desde la carretera. La bocina berreó cuatro o cinco veces.

—Mira a ver qué pasa, Alberto —pidió su padre.

El muchacho se levantó y caminó despacio hacia la verja de entrada al terreno. Había estudiado palabra por palabra lo que tenía que decir al camionero, estaba todo previsto.

Alberto se había librado de él y regresaba a la cafetería cuando comenzó a descargar un aguacero de barro sobre la tierra reseca, que no probaba agua desde hacía casi una década. Sintió los dedos de la lluvia en su nuca, contempló los círculos oscuros que cada gota dibujaba al golpear el suelo. Pronto toda la tierra se tiñó de un marrón más vivo e intenso. Era la segunda vez que veía el milagro de la lluvia desde que naciera.

Al entrar de nuevo en la cafetería, Edgardo no estaba. Ya habrá bajado a la bodega, pensó Alberto. Corrió hacia el pasillo que llevaba al recibidor de la casa de huéspedes, cruzó ante la puerta abierta de la cocina y enseguida escuchó los quejidos de Edgardo proviniendo de abajo, del sótano. Alberto había dejado a su paso las huellas embarradas de sus botas sobre el piso. Se paró ante las escaleras que descendían empinadas a la bodega, contempló el peldaño roto en mil astillas y pudo escuchar más

EL SECADERO DE IGUANAS

nítidos los lamentos agudos de Edgardo. Adivinó a su padre tumbado de espaldas sobre el suelo sin poderse levantar.

—Ayúdame, Alberto —trató de gritar su padre—, creo que me he aplastado una vértebra.

Pero Alberto permaneció donde estaba, observando impasible cómo la sangre brotaba igual que un vino negro de la nuca de Edgardo y se encharcaba despacio alrededor de su cabeza.

—Ayúdame, Alberto, me duele muchísimo —repitió sin aliento el hombre que le había visto nacer a él y también a su hermana.

Alberto estuvo toda la mañana sentado al borde de la escalera, esperando a que Edgardo se decidiera a morir, pero aquel viejo se resistía a los vientos huracanados de la nada, luchaba como un animal por seguir consciente y chillaba con mayor vehemencia que al principio. Los alaridos se mezclaban con el fragor de la tormenta. Nadie podría escucharlos. Sólo había que esperar a que el anciano terminara de desangrarse. Martina y Alberto dirían al oficial de policía que habían estado toda la mañana preocupados por su padre, que no regresaba, y que no habían descubierto su cuerpo hasta después del mediodía. El peldaño quebrado atestiguaría que había sido un accidente y ellos dos comenzarían una nueva vida de adultos a cargo del negocio donde habían vivido siempre.

—Alberto, no podemos dejarle ahí como a un cerdo —dijo Martina a su espalda.

Los aullidos de dolor de su padre la habían despertado. Era casi mediodía.

—Tranquilízate. Vete a la cafetería y prepara la comida. Olvídate de él. Yo bajaré a por una botella, necesitaremos un trago.

EL SECADERO DE IGUANAS

—Martina, por amor a tu madre, Martina —vociferaba el viejo desde abajo—, ayúdame, por favor. Ayúdame, no soporto el dolor...

Alberto obligó a su hermana a marcharse y bajó con cuidado la escalera. Edgardo se retorció en el suelo. La sangre olía fuerte y mareaba.

—Por favor... —musitó su padre, pero Alberto se limitó a mirarle unos segundos a los ojos. Después agarró dos botellas de aguardiente, subió al living y cerró la puerta tras de sí.

Martina preparó un almuerzo sencillo: algunas salchichas, croquetas de varano, dos huevos fritos y patatas. Comieron en silencio en aquella cafetería vacía. Alberto sirvió dos vasos de aguardiente de lagartija.

—Toma un trago, Martina, nos sentará bien —dijo a su hermana.

Afuera llovía intensamente, aunque con torpeza; parecía de noche. El agua corría por las ventanas y galopaba sobre el terrado como una sorda batucada.

Tras fregar los platos, se dieron cuenta de que Edgardo había dejado de quejarse. Alberto pensó que por fin habría muerto, así que decidió regresar al sótano a comprobarlo. Pero en cuanto abrió la puerta y encendió la luz, Edgardo reanudó sus gritos y rogó que se apiadaran de él.

—¿Es que no piensa morirse nunca? —preguntó Alberto.

Hacía casi diez horas que estaba allí desangrándose y probablemente con alguna vértebra aplastada, pero se agarraba al mundo como un clavo. A Alberto le impresionaba aquel feroz sentido de supervivencia que incluso hacía que un anciano se aferrase a los últimos hilachos de vida con una tenacidad animal. Deseaba

EL SECADERO DE IGUANAS

fervientemente que aquello terminase de una maldita vez. Entonces se acercó Martina con el rifle de su padre en las manos. Lo cargó ante la mirada atónita de su hermano.

—Toma, Alberto. Baja y termina lo que hemos empezado. Nadie merece tanto sufrimiento; ni siquiera él.

Alberto cogió el arma con dedos agarrotados y descendió de nuevo hasta donde estaba Edgardo. Éste dejó de gritar mientras miraba a su hijo de pie ante él, sosteniendo el fusil. Alberto apuntó a la cabeza de su padre. Le apoyó el arma sobre la sien, acarició con la yema del dedo índice el gatillo, pero no tuvo el valor de apretarlo.

—Acaba con todo esto de una vez, hijo —suplicó Edgardo con esa súbita serenidad que nos asalta cuando por fin besamos la boca podrida de la muerte, cuando podemos acariciar sus pechos arrugados, su pubis de gusanos hambrientos.

—No puedo —murmuró el muchacho.

No hablaba para Edgardo, ni siquiera para su hermana.

Martina descendió las escaleras, tomó el rifle en sus manos y disparó sobre su padre. Le reventó el rostro con la primera bala, pero cargó el arma y apretó el gatillo media docena de veces más. Luego dejó caer el rifle de sus manos y se puso a llorar, abrazada al cadáver. Edgardo había sido el primer hombre que la vio llorar, el día en que nació; y sobre su cuerpo duro, que se fue enfriando con rapidez, ella iba a ser la última mujer que le llorase.

Martina y Alberto estuvieron sentados treinta y ocho interminables minutos junto al cadáver. Ella había dejado de sollozar. Alberto recogió los casquillos de balas que cubrían el suelo. Comprobó por última vez el pulso de su padre. Estaba tan quieto como los pistones de un motor gripado. Entonces acarició la nuca de su hermana, que

EL SECADERO DE IGUANAS

estaba acurrucada en el suelo, descalza y con su vestido azul a cuadros.

—Ya pasó todo —murmuró—. Ayúdame a subirlo. Habrá que enterrarlo.

Alberto agarró al fiambre por las axilas y Martina lo sostuvo por los tobillos. Les costó casi cinco minutos remontar los peldaños de la escalera. Apoyaron el cuerpo en el suelo y descansaron un poco.

—Trae el aguardiente, necesito unos sorbos —dijo Martina.

Ambos bebieron y volvieron a arrastrar al muerto. Esta vez cada uno agarró una pierna y lo estiraron hasta llegar al patio. La cabeza desarbolada de Edgardo fue dejando un rastro de sangre por el pasillo y golpeó feamente contra cada escalón del porche. Allí lo dejaron, bajo el aguacero de amarillo metal, bajo el lento gas del atardecer.

Martina entró a limpiar con agua caliente y una fregona vieja, que después quemaría en las calderas de la calefacción, toda la sangre del suelo. Pensaba en qué iban a contarle a los guardias, pues Edgardo era un colador de balazos y toda la planta baja apestaba a pólvora. Alberto fue hasta la cabaña junto al desguace a por un pico y una pala. Él no pensaba en nada, sólo cavaba un foso a pocos metros de la tumba donde reposaba enterrada su madre. La tierra estaba dura a pesar de la tormenta, y estuvo sacando paladas hasta bien entrada la noche. Una vez abierto un nicho lo suficientemente profundo llamó a su hermana y enterraron a Edgardo sin pronunciar una sola palabra. Lo enterraron con una docena de sus botellas de aguardiente y su parca de piel de caimán. Colocaron una improvisada cruz de madera sobre la tumba, aunque no eran creyentes. No derramaron ninguna lágrima.

A Martina le dolía el hombro por culpa de los disparos.

Entraron a cambiarse de ropa y a calentarse antes de cenar.